

San Manuel Bueno: Mártir de la Democracia.

El pasado miércoles no pasaba nada. Nada. Y, aterrorizado, sospeché que me había colado en una novela de Don Miguel de Unamuno; el que dijo a los golpistas de Franco eso de “Venceréis, pero no convenceréis”; el que terminó su “San Manuel Bueno Mártir” afirmando que en esta novela no había pasado nada, porque él no quería que “pasase”, sino que “quedase”; el que hizo sufrir a ese famoso cura con la asfixia que provoca no tener fe, no creer en Dios sabiendo que el pueblo sólo puede sobrevivir creyendo en Dios.

Salí a la calle y no vi paisaje, sólo conceptos y símbolos, todos trágicos, hermosamente trágicos. A Don Miguel de Unamuno no le gustaba regalar estética a sus lectores. Sus libros eran una agonía intelectual – entendida como lucha-, una yuxtaposición de desgarros humanos, de desconciertos, sin salsas, puro músculo sin grasa, sin piel incluso. Y en esa terrible oscuridad ilustrada, dubitativa, oí la voz del inefable cura de Valverde de Lucerna: “Es mejor que te salgas del libro y que lo leas desde fuera. Aquí lo vas a pasar muy mal. ¿A qué has venido?” “No sé”, contesté. Y seguí: “Es que hoy no pasaba nada y pensé que me había colado en una novela de Unamuno. ¿Por qué voy a sufrir? La ausencia de fe en Dios no me causa ningún dolor, y creo que esta sociedad vive perfectamente sin esa fe.” El rostro de mi interlocutor, aunque estaba sin describir, se llenó de lágrimas, de dolor, de desesperación. Y seguí hablando yo: “¿A qué viene ese infantil sufrimiento? Tampoco existen los Reyes Magos, ni el Ratoncito Pérez, y no por eso nos vamos a deprimir.”

De pronto la voz del cura de Unamuno sonó con frenética pasión: “¡No es el Dios tradicional el que no existe, sino la Democracia, la División de Poderes, el Estado de Derecho, la Independencia de los medios de comunicación! ¡No existen! ¡No existen! Pero el pueblo debe seguir creyendo en ellas para que exista el Estado, para que no nos pudramos en el nihilismo. ¿Me juras que guardarás este secreto?”

Salí del libro hacia la nada del día y, afortunadamente, ocurrió algo: el anuncio de la acumulación de poder entre el BBV-A y TELEFÓNICA. Conecté la televisión, sintonicé la radio, leí todos los periódicos, y pasé muchas horas contemplando cómo ilustres políticos, periodistas, tertulianos, oyentes, tele-espectadores, ciudadanos, y no me acuerdo quién más, invocaban a los dioses, con fervor, con fascinación. Ya sangraba mi ventana con el amanecer cuando me tapé los ojos para que no se me vieran las lágrimas.